





**Dirección
Editorial**

The background is a hand-drawn illustration in black ink and grey wash. It depicts a landscape with a stone wall on the left, a path or stream leading into the distance, and several trees and bushes. The sky is filled with large, fluffy clouds. The text is overlaid on the center of the image.

TIERRA
QUE ENSEÑA:
CUENTOS CORTOS
DE LA FRAILESCA
MÁGICA
LIBRO DE CUENTOS



DR. OSWALDO CHACÓN ROJAS

RECTOR

MTRA. MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ VELASCO

SECRETARIA GENERAL

MTRA. MÓNICA GUILLÉN SÁNCHEZ

SECRETARIA DE IDENTIDAD

Y RESPONSABILIDAD SOCIAL UNIVERSITARIA

MTRO. GABRIEL VELÁZQUEZ TOLEDO

DIRECTOR EDITORIAL

TIERRA QUE ENSEÑA:
CUENTOS CORTOS
DE LA FRAILESCA MÁGICA
LIBRO DE CUENTOS

Mayo, 2026

TIERRA QUE ENSEÑA:
CUENTOS CORTOS DE LA FRAILESCA MÁGICA
LIBRO DE CUENTOS

1ª Edición 2026

Edición:

Dirección Editorial

Diseño editorial, de forros y composición:

Bernardo O. R. De León

Corrección de estilo:

Gabriel Velázquez Toledo

Ilustraciones de forros e interiores:

Hannah Montserrath Reyes Chanona

ISBN COLECCIÓN: 978-607-561-197-6

ISBN VOLUMEN: en trámite

D.R. © 2026 Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas
Boulevard Belisario Domínguez km 1081, sin número, Terán, C.
P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial
Mexicana con número de registro de afiliación: 3932.
Miembro de la Red Nacional de Editoriales Universitarias y
Académicas de México, Altexto.
Miembro de la EULAC, Asociación de Editoriales Universitarias
de América Latina y El Caribe.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación o de la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas; la información y análisis contenidos en esta publicación son responsabilidad de los autores. Las imágenes de portada, la composición de interiores y el diseño de cubierta son propiedad de la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas.

Editado e impreso en México

Edited and printed in Mexico

CONTENIDO

II

INTRODUCCIÓN

15

Guardianes invisibles del Nambiyigua

Irving Oswaldo Velázquez Ríos

Francisco Guevara Hernández

25

La aventura de Chispita en Villaflores

Carlos Alberto Velázquez Sanabria

Alonso López Cruz

33

Un día para descubrir el carbono

Danilo Enrique Morales Ruiz

Elvia Guadalupe Gómez Vázquez

41

El río que soñaba con el color del cielo

Erick De Jesús Ralda Molina

Amaranta Girón Ramírez

49

Metanito, el gas travieso

Roselia Ramírez Díaz

René Pinto Ruiz

57

El viaje de Aarián por el agroecosistema

Rosa María Martínez Tagua

Manuel Alejandro La O Arias

65

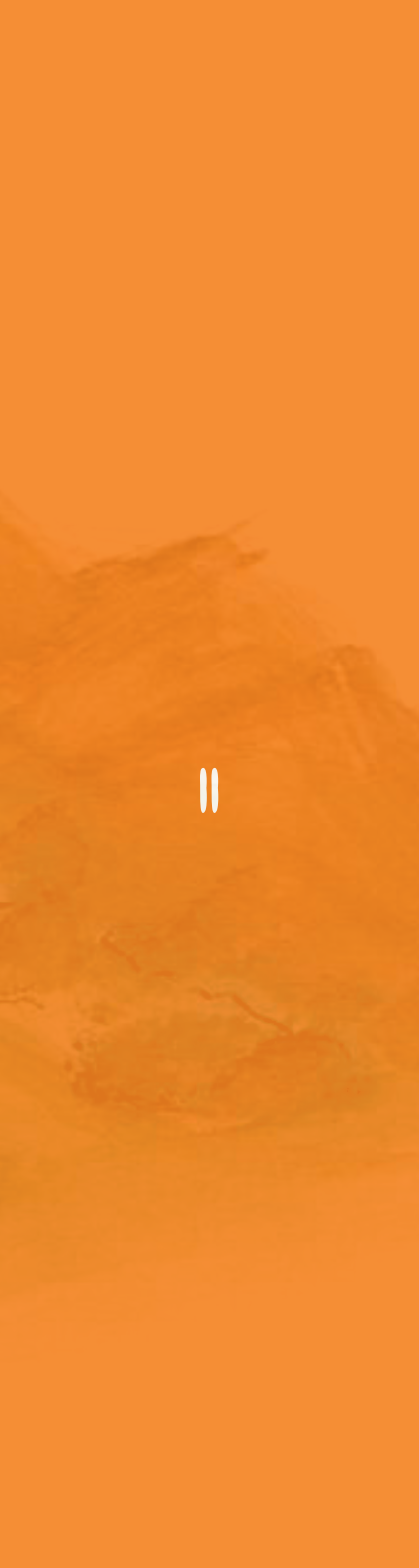
El tesoro de la familia Maya

Fredy Delgado Ruiz

Ana Gabriela Zenteno Carballo

75

Y COLORÍN, COLORADO...



INTRODUCCIÓN

Este libro surge, de manera muy especial, en la Facultad de Ciencias Agronómicas de la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas, en el marco de la celebración de sus 50 años donde, a lo largo del tiempo, científicas y científicos han desarrollado investigaciones en el campo trabajando con plantas y animales. Quisimos celebrar de una forma diferente: a través de cuentos que narran historias reales que ocurren en la naturaleza y que están contextualizadas en la región Frailesca.

La ciencia no solo se vive en un laboratorio ni se expresa con palabras complejas, también puede presentarse mediante aventuras increíbles y personajes fantásticos.

Esperamos que, al abrir este libro, disfrutes cada línea y ¿por qué no?, que surjan muchas preguntas, ya que la curiosidad es el inicio de toda gran aventura y el primer paso para descubrir lo maravillosa que puede ser la ciencia.



GUARDIANES INVISIBLES DEL NAMBIYIGUA

15

*Irving Oswaldo Velázquez Ríos
Francisco Guevara Hernández*

En lo alto del cerro Nambiyigua, donde el viento canta entre los árboles y las nubes juegan con las montañas, vivían unos pequeños seres mágicos que nadie podía ver.

No tenían alas, ni patas, tampoco hacían ruido.

Pero eran muy, muy importantes para el cerro Nambiyigua ¡y para todo el planeta!

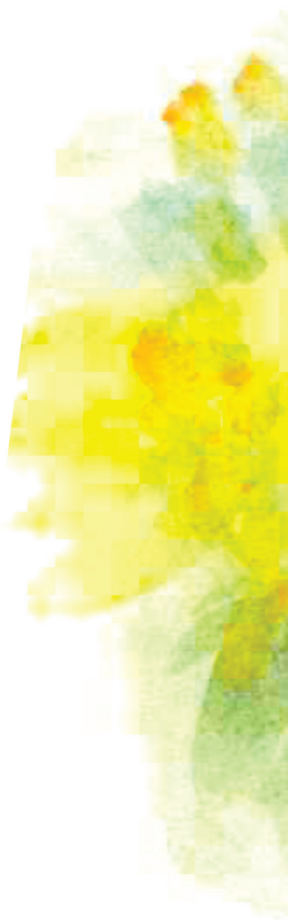
Eran los guardianes invisibles del Nambiyigua: microbios buenos que vivían en la tierra. A pesar de ser muy pequeños, tenían súper poderes.

—¡Nosotros ayudamos a las plantas a crecer! —decía Burkho, un microbio que vivía cerca de las raíces de un gran árbol de Huanacaxtle.

—¡Yo le doy comida a los frijoles! —gritaba Rhizo, escondido en un nudo de tierra.

—¡Y yo espanto a los bichitos malos! —decía Bassi.

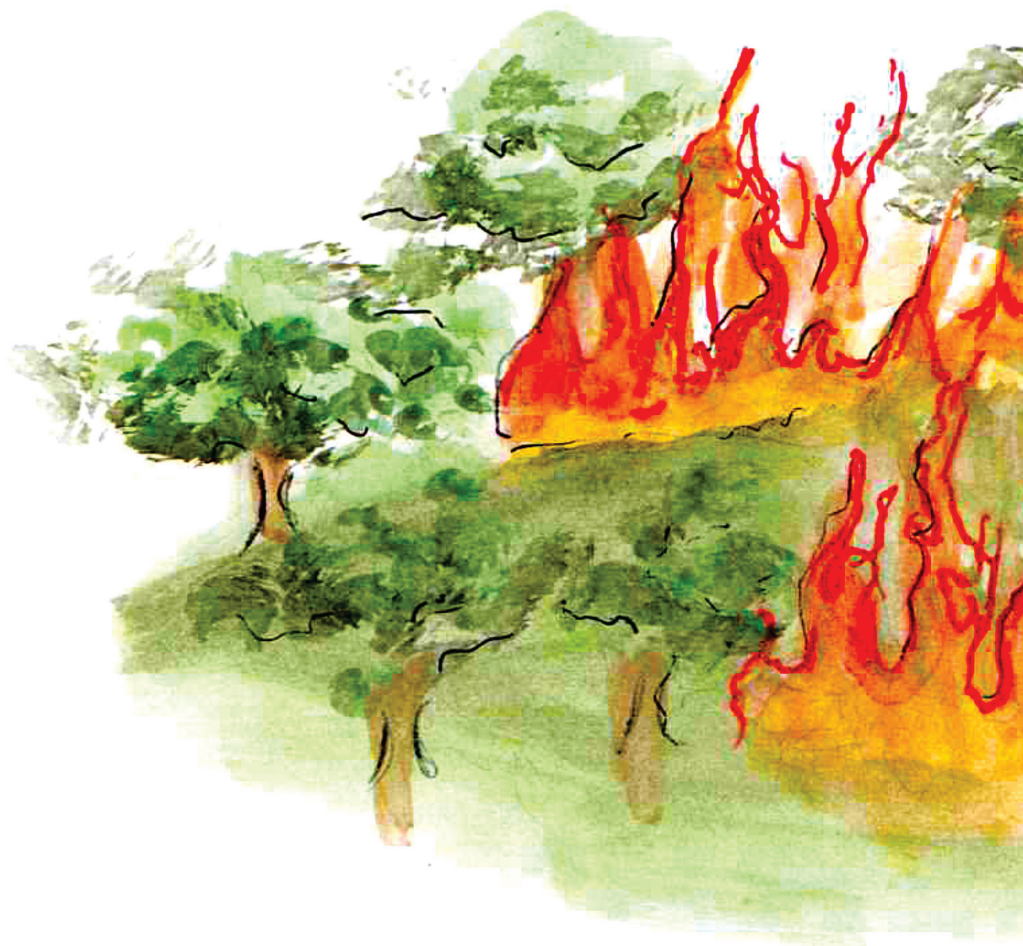
Los niños y niñas que vivían en la Frailesca no los podían ver, pero sí veían cómo las milpas crecían grandes y fuertes, cómo los árboles estiraban sus ramas hacia el cielo, cómo las plantas estaban verdes y contentas, cómo algunas daban flores de muchos colores y cómo los árboles frutales regalaban mangos, naranjas y guayabas deliciosas.





LIBRO DE CUENTOS

Tierra que enseña: Cuentos cortos de la Frailesca mágica



Una mañana, el cerro amaneció triste. Las personas comenzaron a tirar basura en el Nambiyigua, también un señor quemó pasto y no tuvo cuidado y el fuego se extendió por gran parte del lugar. El humo cubrió los árboles, asustó a los pájaros que volaron lejos sin cantar. Por su parte,



los guardianes invisibles estaban temerosos y tristes.

—¡Ay no! —dijo Burkho—. ¡Nos estamos enfermamos!

Ese día, Emmanuel, un niño curioso de cinco años, fue con su mamá a visitar el cerro para ver a los pájaros. Llevaba su gorra azul, una mochila pequeña y su lupa de juguete.

Mientras caminaban, Emmanuel vio hojas quemadas, tierra reseca, basura entre los arbustos... y entonces se dio cuenta de que todo estaba en silencio ¡ya no escuchaba cantar a los pájaros!

—¡Mamá! ¿Qué le pasó al cerro? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Su mamá le explicó que cuando no cuidamos la naturaleza, el cerro se enferma y los pequeños seres que habitan en él y lo ayudan a crecer, también enferman.

Emmanuel se quedó en silencio... hasta que gritó:

—¿El cerro necesita ayuda? ¡Pues yo lo voy a cuidar!

Corrió a su escuelita y les contó a sus compañeritos lo que había visto.

—¡Hay unos héroes que viven bajo la tierra! ¡Pero se están enfermando porque ensuciamos su casa!

Al principio, algunos niños se rieron, pero Emmanuel no se desanimó. También se lo contó a su papá, a su hermana y a su abuelita. Y juntos, empezaron a actuar:

—Recojamos la basura —dijo su papá.

—Sembramos flores para que regresen las mariposas —dijo su abuelita.

—Digamos a los vecinos que no quemen ni tiren cosas al cerro —propuso su mamá.



Y poco a poco, más personas se unieron. Limpiaron el cerro, cuidaron los árboles, sembraron plantas nuevas y cuidaron el lugar.

Los microorganismos mágicos, emocionados, volvieron a la vida. Bajo la tierra, Burkho, Rhizo y Bassi bailaban felices, ayudando por su parte a que todo creciera sano y fuerte.

Desde entonces, Emmanuel se convirtió en un defensor del cerro Nambiyigua. Y aunque no podía ver a los microorganismos, sabía que ellos también cuidaban de él.





LA AVENTURA DE CHISPITA EN VILLAFLORES

25

*Carlos Alberto Velázquez Sanabria
Alonso López Cruz*

En algún lugar de Villaflores, en un rincón del bosque, un grupo de jóvenes se reunía alrededor de una fogata para contar historias mientras el día terminaba con un tranquilo atardecer.

La noche avanzaba lentamente cuando un fuerte viento sopló entre los árboles, agitando las llamas de la fogata.

De pronto, una pequeña chispa se desprendió y cayó al suelo seco del bosque.

Aquella chispa no era cualquier chispa: era Chispita, la hija pequeña del señor Fuego. Aunque era diminuta, ¡tenía mucha energía y curiosidad! Emocionada por su primera aventura sola, el viento la ayudó a rodar lejos del fuego que la vio nacer.

Mientras exploraba el bosque, Chispita vio a una ardilla y le gritó:

—¡Hola!

Pero la ardilla estaba tan concentrada en buscar nueces, que no la escuchó. Chispita, sin darse cuenta, rodó cerca de unas hojas secas y, con un suave “¡crac!”, las hojas empezaron a calentarse. La ardilla olió el humo, se asustó y salió corriendo.



Chispita se sintió confundida. Ella solo quería hacer amigos, no espantar a nadie.

Más adelante, encontró un majestuoso árbol de ceiba. En sus ramas, un quetzal de brillantes colores construía su nido. Chispita intentó acercarse con alegría, pero al tocar el tronco seco, hizo “¡chiss!” y comenzó a salir humo. El quetzal, asustado, voló lejos, dejando su nido atrás.

Chispita empezó a desesperarse. Donde pasaba, las hojas se volvían cafés y el aire olía a humo. El bosque estaba muy seco por el calor, y su desesperación la hacía crecer. De ser una pequeña chispa, se transformó en llama... luego en llamarada... ¡hasta convertirse en un gran incendio!





Las llamas se extendieron rápidamente, quemando flores, arbustos y pequeños árboles. El bosque, antes lleno de vida, se vio envuelto en una oscuridad que devoraba todo a su paso. Los animales huían asustados. Los conejos corrían sin rumbo y las mariposas revoloteaban entre el humo.

Entonces, los habitantes de Villaflores corrieron a ayudar. Con cubetas de agua, palas y ramas grandes, lucharon valientemente contra el fuego. Después de mucho esfuerzo, lograron

apagar las llamas. Chispita, agotada y triste, volvió a ser una chispa pequeña.

Reflexionando sobre lo que había pasado, comprendió algo muy importante:



El fuego es útil y necesario en la vida de las personas, pero si no se usa con cuidado, puede causar mucho daño.

Por eso, es esencial conocer cómo manejarlo:

No dejar fogatas encendidas.

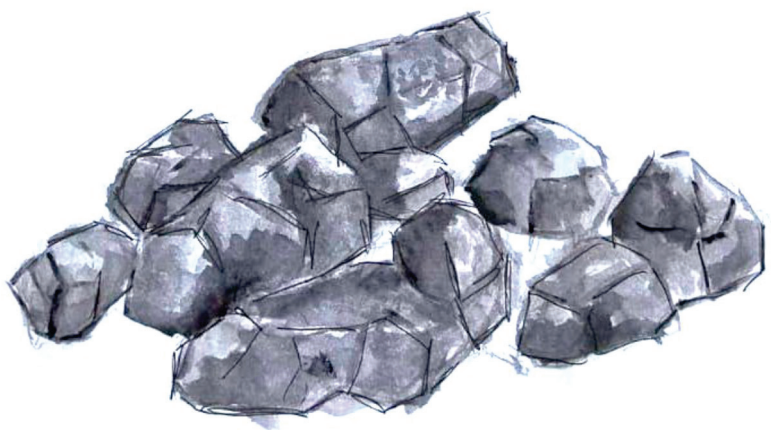
No tirar colillas de cigarro.

Y siempre tener precaución, porque incluso una pequeña chispa puede convertirse en un gran peligro si no se le respeta.

Desde aquel día, todos en Villaflores aprendieron a cuidar el fuego y a proteger su bosque, hogar de plantas, animales... y aventuras.

Y colorín colorado, este cuento no se ha acabado, pero tú, que lo has escuchado, puedes ayudar a cuidar tu entorno y evitar incendios en tu comunidad.





UN DÍA PARA DESCUBRIR EL CARBONO

33

*Danilo Enrique Morales Ruiz
Elvia Guadalupe Gómez Vázquez*

Aquella era una mañana soleada y alegre. En la casa de Camila y Katia, todo estaba lleno de preguntas.

—¡Papá! —dijo Camila mientras desayunaban—, ¿de qué están hechas las nubes?

—Y el pan que comemos, ¿también tiene algo especial? —preguntó Katia con los ojos muy abiertos.

Su papá sonrió. Era investigador y le encantaba que sus hijas tuvieran tanta curiosidad.

—Bueno, mis pequeñas exploradoras, todo lo que ven está hecho de cosas muy pequeñas llamadas elementos. Y uno de los más importantes se llama carbono.

—¿Carbono? —repitieron las niñas a coro, sorprendidas.

—Sí —dijo el papá—. El carbono está en los árboles, en el suelo, en los animales ¡y también en nosotros!

Después del desayuno, mamá propuso salir al parque a pasar el día. Prepararon una canasta con frutas, agua y una manta para sentarse en el pasto.





Mientras caminaban entre los árboles, Camila se detuvo a mirar las hojas que caían.

—Papá, ¿el carbono también está en las hojas?

—¡Exactamente! —respondió él—. Cuando las hojas crecen, toman carbono del aire en forma de algo llamado dióxido de carbono. Los árboles lo



guardan y así ayudan a limpiar el aire.

Katia observó una ardilla que corría con una nuez.

—¿Y los animales también tienen carbono? —preguntó.

—Claro que sí. Todo lo que tiene vida contiene carbono. Por eso, cuando comemos frutas, verduras o pan, también estamos comiendo un poquito de carbono que antes estaba en las plantas.

Las niñas se quedaron pensando. Luego, Camila dijo con cara de asombro:

—¡Entonces el carbono está en todas partes!

—Así es —respondió el papá riendo—. Está en el aire, en el agua, en los suelos, en las plantas y en los animales.

Mientras almorzaban bajo la sombra de un árbol, Katia preguntó:

—¿Y de dónde sale tanto carbono, papá?

—Esa es una buena pregunta —contestó él—. El carbono se mueve en un gran ciclo. Cuan-



do los seres vivos respiran, devuelven una parte del carbono al aire. Cuando las hojas caen o los animales mueren, ese carbono vuelve al suelo. Es como si todo el planeta lo compartiera una y otra vez.

—¿Y tú trabajas con eso, papá?
—preguntó Camila, curiosa.

—Sí. Mi trabajo es estudiar cómo podemos hacer que los campos y los animales ayuden a guardar más carbono en el suelo y en las plantas. A eso le llamamos captura de carbono.

—¿Y para qué sirve eso? —preguntó Katia.

—Sirve para cuidar la Tierra. Cuando el suelo guarda más carbono, ayuda a que el aire esté más limpio, pero también a que las plantas crezcan mejor.

Las niñas se miraron y sonrieron. Luego corrieron por el campo imitando a su papá:



—¡Mira, yo soy un árbol que guarda carbono! —gritó Camila levantando los brazos como ramas.

—¡Y yo soy una vaca que ayuda a la Tierra comiendo pasto! —respondió Katia riendo.

Su papá las observó con ternura. Sabía que, aunque aún eran pequeñas, ya comprendían algo muy grande: todo en la naturaleza está conectado.

Cuando el sol comenzó a esconderse, regresaron a casa. En el camino, Camila dijo en voz bajita:

—Papá, cuando sea grande quiero cuidar la Tierra como tú.

—Y yo también —dijo Katia—, quiero que el carbono se quede donde ayuda más.

El papá las abrazó con orgullo.

—Eso es lo más hermoso que pueden hacer: tener curiosidad y cuidar el planeta.

Esa noche, mientras las niñas dormían, el papá sonrió al pensar que el ciclo del carbono seguiría su camino... y también el ciclo de la curiosidad, que en su casa nunca se detendría.



EL RÍO QUE SOÑABA CON EL COLOR DEL CIELO

41

*Erick De Jesús Ralda Molina
Amaranta Girón Ramírez*

En un tranquilo rincón del campo, donde los cultivos de maíz pintan de color dorado a las praderas, serpenteaba un río cristalino que cantaba historias al pasar. Entre surcos y animales que pastaban libremente, vivía Matza, una niña de mirada curiosa y de alma despierta.

Matza jugaba con la tierra, con las semillas, también conversaba con el río.

Para Matza, el río era como un viejito que contaba cuentos con voz hechizante. Pero los adultos que sembraban maíz y frijol ya no hablaban de él. Algunos lo ensuciaban, quemaban sus orillas y echaban agroquímicos a la tierra para sembrar más sin preguntarle si tenía fuerzas para que germinaran semillas.

Un día, el agua cambió. Ya no era azul. Se volvió oscura y reflejaba su tristeza. Los peces nadaban lento, como si se les hubiera olvidado el rumbo. Las plantas del agua se pusieron grises, como espantadas.



Matza preguntó a su abuela:

—¿Por qué el río se ve triste?

—Él no se pone triste. El agua es agua y ya —respondió.

Pero para Matza, eso no era cierto. Esa noche, bajo el silencio del campo y el techo de palma que crujía con el viento, soñó con el río.



En el sueño, apareció *Tatik*, el espíritu de agua dulce, con apariencia de niebla.

—Tu río sueña con el color del cielo, sus sueños están atrapados —dijo.

—¿Qué puedo hacer si solo soy una niña? —respondió Matza.

—Los adultos olvidaron que sin agua no hay vida; y sin vida, los hogares se desmoronan.

Al despertar, Matza fue al río y llamó al viento como si fuese un consejero. Llegó acompañado de tres sabios del monte: el viejo conejo con sus lentos saltos, la ardilla y un árbol de

amate, que juntos hablaban porque conocía el idioma de las hojas.

Dijeron:

—Son tantos los polvos y líquidos que los hombres arrojan al suelo para sembrar, que con la lluvia llegan al río. El agua cada vez está más sucia y enferma a las niñas y a los niños. Los lugares donde antes éramos libres ahora cada vez son menos, están cubiertas de concreto que no dejan filtrar ni brotar semillas. Las plantas se agotan y todo se seca.

Matza, contó en la escuela lo que había soñado. Los adultos dijeron:

—¡Esta niña con sus cuentos!

—Es fantasía, como las historias que escuchaba de niño entre los árboles del bosque.

—Lo que importa es que la tierra dé frutos, necesitamos desarrollo.

Petul, su amigo, sí creyó. Él también escuchaba los susurros del río. Juntos, invitaron a niñas y niños del pueblo, comenzaron a escribir cartas para el río, a los árboles, a las aves del cielo. Decían: “Perdón, río, esta vez te cuidaremos. Que

crezca el maíz... y el cielo brille de alegría”.

Una noche, cuando la luna estaba en forma de barquito, *Tatik* volvió.

—Has sembrado respeto y eso también es sembrar —le dijo.

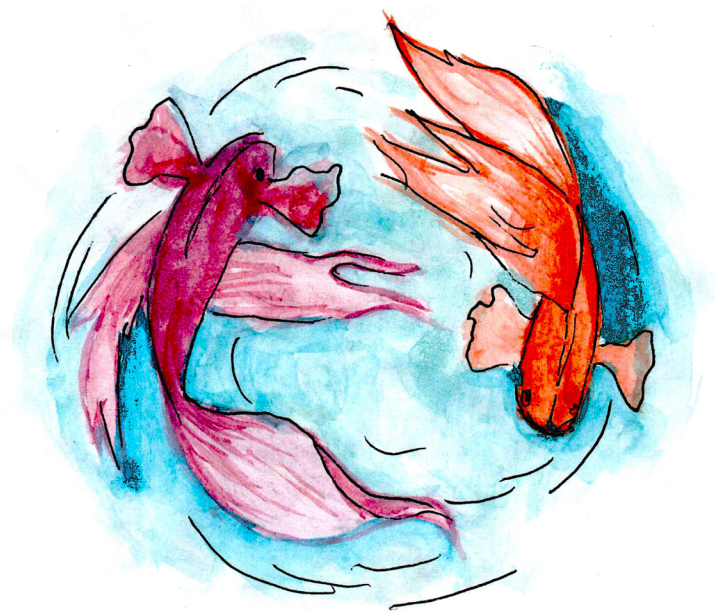
Fue así como los del pueblo aprendieron a usar lo que la tierra daba sin dañarla, que las cáscaras pueden alimentar al suelo, que la ceniza espanta insectos sin dañar a las mariposas, que el agua necesita correr libremente.

El más viejito del pueblo dijo:

—Mi abuelo sembraba con lo que la tierra le daba. Y era suficiente.

Entonces probaron. Funcionó. Tal vez no tanto como antes, pero sí mejor. El maíz sabía más dulce. Todos se alimentaban sanamente.

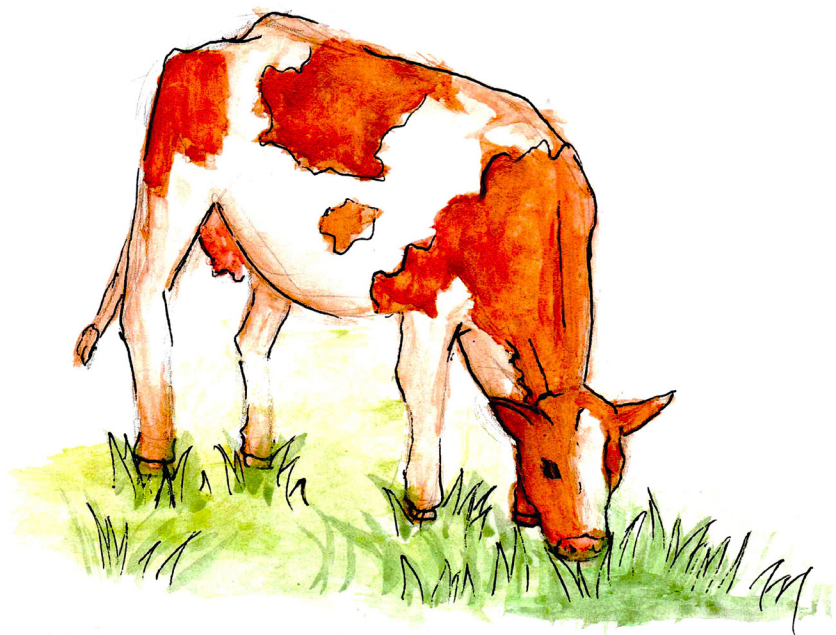




Un día, el río volvió a cantar. Los peces volvieron a saltar. Las libélulas danzaban como si estrenaran alas. El agua tenía ese azul del cielo.

Y con una sonrisa, Matza dijo:

—Gracias por soñar conmigo, río.



METANITO, EL GAS TRAVIESO

49

*Roselia Ramírez Díaz
René Pinto Ruiz*

En un pueblito alegre, escondido entre cerros verdes y dos ríos cantarines, al pie de la montaña mágica Nambiyugua, nació un gas muy especial. No era un bebé cualquiera... ¡era un gas travieso y chispeante!

¿Y sabes de dónde salió? De la panza de una vaca muy feliz que vivía en el Rancho San Ramón, de la región de La

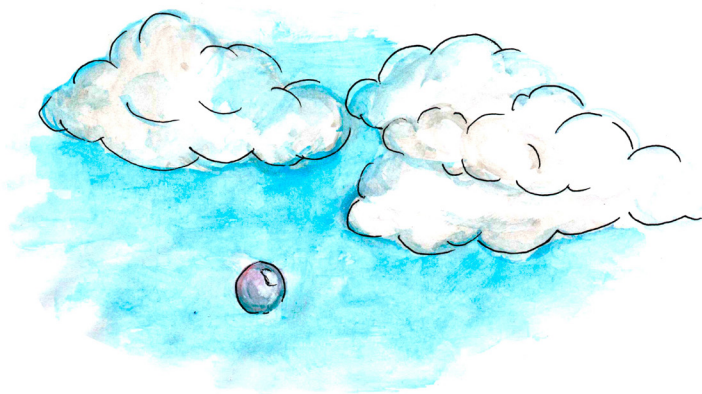
Frailesca. Esta vaca comía pasto fresco y granos de maíz, y en su interior ocurría un verdadero milagro: allí vivían millones de microorganismos. Algunos rompían la fibra del pasto, otros transformaban los granos en energía y todos trabajaban como un gran equipo para mantener fuerte a la vaca. Pero, mientras hacían su labor, también producían gases.

Un día, después de rumiar tranquila y echarse bajo la sombra de un árbol, la vaca soltó un eructo:

—Muuuu... hip... Pufff.

Entonces salió una burbuja brillante que reía y giraba en el aire. Así nació Metanito.

—¡Jejeje! ¡Hola, mundo! —dijo, flotando contento.



La vaca sonrió:

—Bienvenido, Metanito. Tú eres parte de lo que pasa cuando como y los microbios trabajan. ¡Eres parte de la naturaleza!

Desde entonces, Metanito saltaba de nube en nube, jugaba con otros gases invisibles y reía con los que hacían sonidos graciosos como “¡Fiiiui!”.

Un día miró hacia abajo y se sorprendió:

—¡Qué hermoso lugar! Niños jugando, milpas verdes, vaquitas bajo la sombra y árboles bailando con el viento.

Lo que no sabía era que él era un gas de efecto invernadero. Su función era atrapar calorcito del sol para que la Tierra no se congelara. Eso parecía bueno... pero algo estaba cambiando.



Cuando los rayos del sol querían salir al espacio, Metanito y sus amigos los atrapaban como si fueran globos dorados.

—¡Jejeje! ¡Luz calentita para todos! —decía feliz.

Pero pronto la Tierra empezó a calentarse demasiado. En la Frailesca, los maíces se secaban antes de tiempo, los ríos se encogían y las vacas buscaban sombra en cualquier rincón. Las mariposas dejaron de visitar las flores, los sapos ya no cantaban en los charcos y hasta el viento parecía triste.

Metanito sintió un nudo en el pecho:

—¿Estoy causando problemas? —susurró.

Entonces apareció Doña Nube, redonda y sabia.



—Metanito, tú no eres malo. Ayudas a que la Tierra no se congele. Pero ahora hay demasiados gases, no solo de las vacas, también de fábricas, autos, fogatas y basura.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó.

—Necesitamos a los niños y niñas —respondió Doña Nube—. Ellos pueden plantar árboles, usar menos plástico, no tirar basura y cuidar a los animales.

Metanito pensó y tomó valor. Viajó por el viento y contó su historia.

—¡Hola! Soy Metanito, el gas travieso. Salí de la panza de una vaca del Rancho San Ramón, donde millones de microbios trabajan día y noche. Aunque soy parte del cielo, no quiero que la Tierra se enferme. Ayúdame a cuidarla —eso le decía a todo el que quería escucharlo.

Y los niños escucharon. En sus escuelas sembraron árboles, separaron la basura y cuidaron las plantas. En los ranchos ayudaban a sus abuelos a dar a las vacas alimentos más amigables con el planeta. También cuidaban el agua, el suelo y dejaban crecer árboles para dar sombra y frescura.



Metanito los miraba feliz. Ya no atrapaba todo el calor, porque había aprendido que también podía proteger.

Y así, siguió flotando con sus amigos, contando historias que enseñaban a querer la Tierra, los árboles, las vacas y el aire limpio.

Porque en la Frailesca, y en todo el mundo, cada niño que cuida su entorno se convierte en héroe del planeta.

Y colorín colorado, este cuento no ha terminado... porque tú, que también lo escuchaste ¡también puedes ser parte del cambio agroambiental soñado!



EL VIAJE DE AARIÁN POR EL AGROECOSISTEMA¹

57

*Rosa María Martínez Tagua
Manuel Alejandro La O Arias*

Había una vez un niño llamado Aarián, cuyos ojos grandes siempre brillaban de curiosidad. Todo lo que veía le parecía mágico, y aunque sus palabras eran cortitas, quería descubrir cada rincón del mundo.

¹ Agroecosistema: Lugar donde conviven plantas, animales, personas y el suelo, trabajando juntos.

Aarián vivía con su mamá en La Frailesca, conocida como “el Granero de Chiapas”. Allí, los campos de maíz se extendían como alfombras verdes que parecían abrazar el horizonte. Su mamá era ingeniera agrónoma y cuidaba de la tierra con mucho cariño. Siempre le enseñaba que las plantas, los animales y las personas trabajan juntos y se ayudan mutuamente.

Una mañana, su mamá entró a su cuarto con una gran sonrisa y dijo:

—¡Aarián, despierta! Hoy vamos a tener un viaje muy especial. Vamos a conocer el agroecosistema.

Aarián se frotó los ojos y preguntó con su vocecita:

—¿Agro...eco...qué?

Su mamá sonrió, lo abrazó y le explicó:

—Escucha, mi amor. El agroecosistema es como un gran equipo de amigos. La tierra, el sol, el agua, las plantas, los animales y las personas trabajan juntos para darnos alimentos. Todos tienen un papel muy importante, como superhéroes de la naturaleza.

—¿Yo también soy parte del equipo? —preguntó Aarián.

—¡Por supuesto! —dijo su mamá—. Cuando cuidamos el campo, cuidamos la vida.

Mientras caminaban, su mamá le enseñaba con ejemplos que Aarián podía imaginar:

—El sol es como una lámpara gigante que da energía a las plantas. La tierra es una cama suave donde las semillas descansan y crecen. El agua es un jugo refrescante que les da fuerza. Los campesinos son guardianes que cuidan las plantas con mucho cariño.

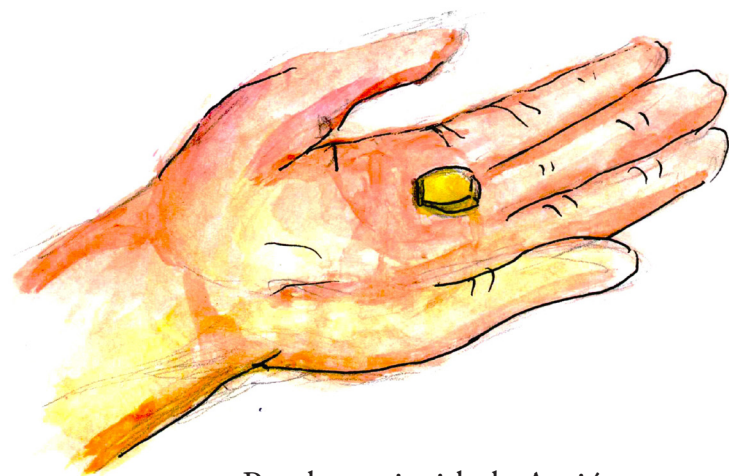
Cuando llegaron al campo, Aarián quedó maravillado. Vio a hombres y mujeres arando la tierra y sembrando semillas. El aire olía a pasto fresco



y la brisa movía las hojas de los árboles como si aplaudieran su llegada.

De pronto, su mamá le mostró una semilla de maíz y dijo:

—De esta semillita sale una raíz, luego un tallito, y con el tiempo se convierte en una planta alta que da mazorcas llenas de granos.



Por la curiosidad, Aarián se acercó a una planta y la tocó. Descubrió que, el tallo era fuerte, las hojas parecían manitas que saludaban al sol y las mazorcas guardaban vida en su interior.

—Y todo ese maíz ¿para qué sirve? —preguntó Aarián.



—Bueno, los granos alimentan a gallinas, cerdos y vacas, que nos dan huevos, leche y carne. Otros llegan a las casas, donde se convierten en tortillas, tamales y pozol, tu bebida favorita. Cada alimento es energía del campo que se comparte y da vida.

Luego, su mamá le explicó con voz seria que el agroecosistema necesita del cuidado de todos: “Si respetamos la tierra, el agua y los animales, ellos nos devuelven su energía en forma de alimentos. Si los descuidamos, el equipo se debilita y todos perdemos”.

Aarián escuchaba con atención. Miró al sol que iluminaba los campos, oyó el canto de los pájaros y vio mariposas volando entre las flores. Todo parecía conectado, como un gran corazón lleno de energía que nunca deja de latir.

Con una sonrisa, exclamó:

—¡En los agroecosistemas, la energía no se guarda, sino se comparte a través de los alimentos!

Su mamá lo abrazó y le dijo:

—Así es, hijito. Compartir la energía del campo es compartir vida.

Ese día, Aarián descubrió algo mágico y no podía esperar para compartirlo con otros niños: en el agroecosistema, todos son amigos que se ayudan. El sol, la tierra, el agua, las plantas, los animales y las personas se ayudan unos a otros.

Aarián sonrió y comprendió algo muy importante: cuando la energía se comparte, hay más alimento, salud y alegría.

Y así, el viaje de Aarián terminó con alegría, con energía que da vida y comida cada día.



EL TESORO DE LA FAMILIA MAYA

65

Fredy Delgado Ruiz
Ana Gabriela Zenteno Carballo

Había una vez, en la región mágica de La Frailesca, allá donde las montañas parecen rozar el cielo y los ríos murmuran historias antiguas, vivía la familia Maya, una familia unida por el amor a la tierra y a sus tradiciones.

Aquella era una mañana luminosa y fresca. En el patio, bajo la sombra de

un viejo árbol de guanacaste, el abuelo, estaba sentado en su banca, mientras el resto de la familia se reunía para realizar una actividad especial: elegir las semillas de maíz que usarían en la próxima siembra.

—Este trabajo requiere paciencia y mucho amor —dijo el papá, mientras vertía una canasta llena de mazorcas de diversos colores sobre una manta.

La mamá, las iba organizando por colores y tamaños, mientras Alejandro, el hijo mayor, ayudaba a desgranar con cuidado. A su lado, su hermanita Fernanda, de ojos vivaces y alma curiosa, observaba con atención cada mazorca.



De pronto, Fernanda levantó una en sus manos, llena de granos rojos y blancos, y preguntó con asombro:

—Papá... ¿por qué hay tantos colores de maíz? ¿No deberían ser todos iguales?

El abuelo sonrió y acariciándose la barba, respondió con dulzura:

—Ah, Fernandita, esa es una gran pregunta... Ven, te contaré una historia.



Todos se acomodaron alrededor del abuelo, incluso el papá y la mamá, que ya conocían esa historia, pero nunca se cansaban de escucharla.

—Hace muchas generaciones, nuestros ancestros vivían en estas mismas tierras. En ese tiempo no existía el maíz como lo conocemos ahora. Lo que había era una planta silvestre llamada Teocintle, con granitos muy pequeños y duros. Nadie imaginaba que de ahí saldría un gran tesoro.

—¿Un tesoro? —preguntó Fernanda, con los ojos muy abiertos.

—Sí, hija —respondió su papá—. Un tesoro que no se guarda en cofres, sino que crece bajo el sol y se cuida con las manos.

El abuelo continuó:

—Nuestra tatarabuela, observó que algunos granitos del Teocintle eran un poco más grandes y suaves. Entonces, ella y su familia comenzaron a guardar solo esas semillas, sembrarlas y cuidarlas con mucho esmero... ¡y con el paso de los años, la planta cambió!





Alejandro, que escuchaba con atención, intervino:

—¿Y así nació el maíz?

—¡Exacto! —dijo el abuelo con entusiasmo—. El maíz que conocemos hoy es el resultado del esfuerzo, la paciencia y el amor de muchas generaciones. Y lo más hermoso es que no creció en un solo color: nació en muchos colores, cada uno con una historia. Hay maíz blanco, rojo, negro, amarillo y azul. También hay mazorcas con granos de diferentes colores.

—¡Qué bonito! —dijo Fernandita—. Entonces, cada color es como un miembro de nuestra familia, ¿verdad?

—Así es —dijo la mamá—. Cada uno es diferente, pero todos son importantes.

—Por eso —añadió el papá—, hoy estamos seleccionando las mejores semillas de todos los colores. Porque conservar esa diversidad es cuidar nuestra historia, nuestra comida y nuestro futuro.

El abuelo dijo:

—Si alguna vez perdiéramos uno de esos colores, perderíamos parte de nosotros mismos. Por eso siempre debemos sembrar de todos los colores de maíz, como si fueran hijos de una gran familia. El maíz nos da tortillas, pozol, tamales, atole... y hasta sus hojas y tallos tienen usos.

Fernanda sonrió, comprendiendo por primera vez la grandeza de aquello que antes veía como solo una planta. Miró las semillas y dijo:

—Entonces, el verdadero tesoro no está escondido... está aquí, en nuestras manos.

—Y en nuestro corazón —agregó Alejandro, dándole una mazorca azul a su hermana. Y así, mientras el sol acariciaba los campos, la familia Maya siguió seleccionando semillas, no solo para sembrar maíz, sino para seguir cultivando su identidad, su historia y su amor por la tierra.





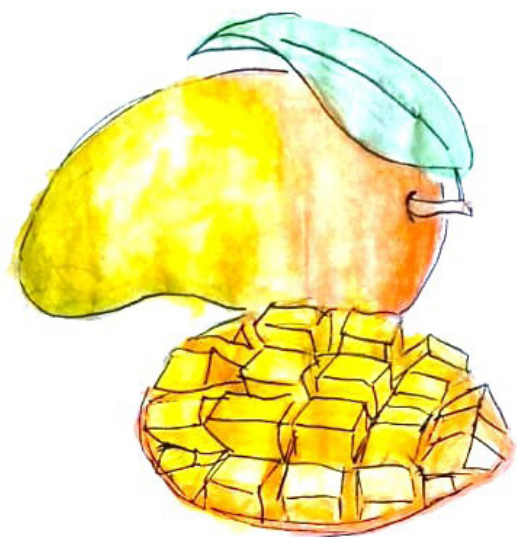
Y COLORÍN, COLORADO...

Si llegaste hasta aquí, tal vez, sin darte cuenta, aprendiste a mirar el mundo de una forma diferente. Ahora sabes que lo sorprendente puede ocurrir en cualquier momento, incluso en los lugares que menos imaginabas.

Y aunque este libro está por concluir, la historia no termina aquí. Allá afuera, justo ahora, algo maravilloso está por comenzar. Puede estar muy cerca de ti, en un rincón que ya conoces, en algo que ves todos los días o en aquello que estás a punto de descubrir.

Así que mantén los ojos abiertos y la mente curiosa. Porque esto no es un adiós, sino un “nos vemos pronto”.

Una nueva aventura está por comenzar... ¡y tú puedes ser parte de ella!



TIERRA QUE ENSEÑA:
CUENTOS CORTOS DE LA FRAILESCA MÁGICA
LIBRO DE CUENTOS

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos
de la Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas.
Mayo de 2026.

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

